

simple cuestión: ¿cómo han de entenderse los hombres iguales entre sí para proveer su subsistencia presente y futura? Agrega que cuando se plantee esta cuestión, el fourerismo se encontrará sobre la carpeta de la política y de la legislación, porque ésta es la cuestión que él se propone resolver".(3)

(3) Víctor Alba, *op. cit.*, pág. 122.

Pero, evidentemente Sarmiento debió comprender lo antitético del socialismo y su pensamiento, con lo que él proponía al país y es tan controvertido su pensamiento que, finalmente, decide atacar al socialismo desde las columnas del diario "El Censor". "El socialismo —dice— ni de nombre es conocido", y tras preguntarse por lo que esta corriente representa, se responde: "es la disolución de la familia, es el amor libre . . . , es el obrero convertido en patrón . . . ; la palabra (por socialismo), se pronuncia con voces de alarma, en algunos hogares, los cautelosos padres han prohibido que se pronuncie en las sobremesas".

Por su parte, el mayor de los socialistas utópicos, en relación con el movimiento obrero fue, indiscutiblemente, Owen quien creyó firmemente en la omnipotencia de la razón y que, si se contribuía a formar íntegramente en lo físico y moral a los hombres, éstos actuarían y pensarían racionalmente. Estas influencias sobre el movimiento obrero se materializaron especialmente en forma de filantropía patronal donde algunos dueños de empresas o estancias, otorgaban mejores condiciones de trabajo y de vida a sus obreros y campesinos y en la búsqueda de mejores leyes de protección que modificaran socialmente la situación de los trabajadores; esta tarea se canalizó, fundamentalmente, en las bases de lo que más tarde se conocería como movimiento cooperativo y que fue una de las formas orgánicas detrás de la cual se escondió, por muchos años, la incipiente estructura sindical.

Las ideas de Owen lo llevaron a que la educación constituyera su principal preocupación y la de quienes se sintieron identificados por el llamado "socialismo utópico" en nuestras latitudes como por ejemplo, los editores —en 1879— del periódico "Descamisado", denominado también "Periódico Rojo" que se proponía acabar con la explotación del hombre por el hombre en forma pacífica.

## EL SOCIALISMO REVOLUCIONARIO

Esta rama se fundamentó en las ideas de tres teóricos del socialismo y fueron, quizá, los que más influencias ejercieron sobre la lucha social europea del siglo XIX y por lo tanto sobre la organización del movimiento obrero europeo y, por traslación, del argentino y latinoamericano en general. Fueron ellos Luis Manqui, Louis Blanc y Pierre Proudhon.

El primero de ellos es el prototipo del revolucionario que existió en el siglo XIX. Sus datos biográficos nos señalan que en sus 76 años de vida pasó 33 en la cárcel y fue condenado a muerte dos veces y fue indultado otras tantas. Su teoría de la acción social comprendía a dos grupos, a los obreros por una parte y, por la otra, a los estudiantes. Aprovechando la combatividad de estos dos sectores organizó la "sociedad de las familias", una organización celular —antecedente de las guerrillas— con la finalidad de tomar el poder a través de la insurrección.

La práctica de su doctrina comenzó fracasando desde el principio. Intentó realizar un golpe de Estado en 1839, sus partidarios y seguidores asaltaron armerías y ocuparon la municipalidad, pero los obreros no se adhirieron a la insurrección y la revolución fue fácilmente sofocada. Sus éxitos se relacionan fundamentalmente cuando estalló la revolución de 1848 donde organizó un grupo revolucionario.

Sus ideas contemplaban el acceso al poder político a través del golpe de Estado revolucionario producido sobre la base del accionar de una minoría esclarecida especialmente preparada para

el combate armado y con una mística revolucionaria adecuada a la empresa. Además, del reclutamiento y adiestramiento de esa minoría, la técnica del golpe requería condiciones objetivas apropiadas que produjeran un clima de agudo descontento que permitiera a la minoría revolucionaria asumir la conducción del proceso, dirigir los sindicatos y las organizaciones obreras, estableciendo la dictadura como medio para alcanzar el nuevo orden social.

Estas ideas se manifiestan en nuestra historia sindical en lo que Torcuato S. Di Pella calificó como "sindicalismo de élites" influido fuertemente por los activistas ideológicos con poco componente profesional. Este sector adoptó con facilidad una programática revolucionaria que tuvo como principal arma de lucha la huelga violenta y revolucionaria. Esta etapa se puede constatar en el sindicalismo argentino cuando éste no creyó ni en la acción sindical revolucionaria en su sentido masivo, prefiriendo la subversión de los pequeños grupos. En esta línea se ubicaron innumerables organizaciones que se fueron gestando entre 1875 y 1890 y que, más adelante, adherirán más fielmente al anarquismo.(4)

(4) Carlos S. Fayt, en su trabajo titulado "El Socialismo", nos señala que: "el aporte de Blanqui a las ideas socialistas fue su teoría revolucionaria de la función de un partido minoritario armado para conducir la revolución y establecer la dictadura del proletariado; no creyó en un partido de masas ni en la acción sindical revolucionaria. Su nombre está unido, en la historia del socialismo, a la Comuna de París, de 1871", pág. 30.

El segundo de nuestra lista, Louis Blanc, es ya más conocido para los hombres de nuestro sindicalismo y, en general, de nuestro Movimiento Obrero debido a su participación en las jornadas de 1848 y en la organización de los llamados "talleres nacionales", antecedente directo de los sistemas de participación, cogestión y autogestión.

El objetivo de estos "talleres nacionales" fue poner, al alcance de los trabajadores los instrumentos de trabajo, ofreciéndoles la posibilidad de lograr el progreso técnico, remuneraciones justas y la dirección y control de la productividad. Ello coloca a Blanc como el principal precursor del socialismo democrático.

Para Blanc la función del Estado estaba relacionada con la planificación del desarrollo económico y en la prestación de todo tipo de servicios sociales. En contradicción con su contemporáneo Blanqui —que acabamos de analizar— creyó firmemente en las posibilidades que ofrecía el Estado a través de la democracia representativa y del sufragio universal para modificar las estructuras sociales y económicas.

Blanc fue un teórico que se opuso fervientemente a la lucha de clases puesto que comprendió que la solidaridad era el principio que, una vez internalizado por trabajadores y empresarios, haría posible la revolución social. La "República Socialista", por consiguiente, llegaría por medios pacíficos.

La organización del trabajo permitiría establecer una sociedad democrática, de hombres iguales tanto en lo económico como en lo social. Ello lo llevó a considerar fundamental los programas de educación del proletariado y una adecuada utilización del derecho al voto. Creyó en un sindicalismo ético basado en la fuerza de la solidaridad social.

Gran parte de sus ideas penetraron en el Movimiento Obrero Francés que tuvo —desde el punto de vista doctrinario— mucha influencia en el argentino. Dentro de esta línea cabe recordar las ideas owenianas asumidas por algunos miembros de la UGT, ya vistas, que, en su segundo Congreso de abril de 1904 auspicia la creación de Cámaras de Trabajo, la constitución de cooperativas y, fundamentalmente, apoya la legislación obrera exhortando a los trabajadores a utilizar sus derechos políticos para transformar la realidad socioeconómica por la que atravesaban. Estas resoluciones son una prueba fehaciente de la gran influencia que estos teóricos del socialismo europeo han tenido en nuestra organización sindical de mediados del siglo pasado hasta principios del actual.

El tercero de nuestros teóricos del socialismo utópico en su rama revolucionaria que hemos de analizar es, indudablemente uno de los más influyentes en el movimiento obrero mundial. Nos referimos a Pierre Proudhon, llamado también el "padre del anarquismo" y es, en realidad, el antecesor de la doctrina sindicalista y del movimiento anarquista que se encarnaría en los sindicalistas italianos y, a través de ellos, en el movimiento obrero nacional, constituyendo uno de los grupos más numerosos que predominaron en nuestra historia social. Basta recordar la presencia de Enrico Malatesta —alrededor de 1885— que llegó a la Argentina con la intención de preparar a los trabajadores para la lucha revolucionaria; de Pietro Gori, quien con gran elocuencia pretendió fomentar la creación de sindicatos para luchas sociales; cristalizó también en periódicos sindicales como "La Protesta" que permite la confluencia, alrededor de 1889, de las ideas del movimiento anarquista español y catalán, el italiano y las revolucionarias ideas de acérrimos enemigos de Marx: Bakunín y Anselmo Lorenzo. Desde las columnas de este periódico, su director, Pellicer Parraire, fomenta la creación de la FOA y sindicatos como el de los panaderos, carpinteros, marmoleros, además de otros periódicos y semanarios como "La Organización" donde intervienen Malatesta, Gori y Parraire.

Para este teórico, que difiere profundamente de los ideólogos y políticos de su tiempo y cuyas repercusiones no se pueden desconocer, los fundamentos del orden social eran la libertad y la justicia, en relación de reciprocidad. Estas no podían ser impuestas por autoridad alguna. La base de la sociedad era, desde su perspectiva, la familia que constituía la unidad natural de la vida social y toda la organización debía servir al hombre y no servirse de él.

Proudhon pensaba que la vida era un continuo perfeccionamiento; dice en una famosa carta: "es preciso trabajar, porque es nuestra ley, porque con esa condición aprendemos, nos fortalecemos, nos disciplinamos y aseguramos nuestra existencia y la de los nuestros. Pero, ése no es más que nuestro fin terrestre, actual, humano. Ser hombres, elevarnos por encima de las dificultades del mundo . . . , realizar, en fin, sobre la tierra el reino del Espíritu: he ahí nuestro fin. Ahora bien, esto no podemos alcanzarlo en la juventud, ni en la edad adulta, ni en los grandes trabajos de la producción y las luchas de negocios; sino —os lo repito—, en la completa madurez, cuando las pasiones comienzan a callar y el alma, cada vez más emancipada, extiende sus alas hacia el infinito".

Según Dolleaus, "esta creencia en el progreso del hombre era para él una realidad palpitante, actual, personal: al afirmarla, no pensaba en los demás, sino en sí mismo. Este progreso del hombre quiere realizarlo en primer término en sí".

Para su concepto de lo político, la República no podía ser sino anárquica, a él se debe la famosa frase "La libertad no es la hija sino la madre del orden". Su exceso de liberalismo lo lleva a deducir que el Estado era, en los órdenes tradicionales, un poder sobre el pueblo, y que, como tal debía ser reemplazado por el poder del pueblo. El sistema que proponía carecía de órganos permanentes.

Su liberalidad hizo que rechazara la sujeción a cuanto difería de su ideario, razón por la cual, criticó ácidamente a la democracia y al sufragio universal. En uno de sus trabajos decía que "el método más seguro para hacer mentir a un pueblo es el sufragio universal". Suponía que el mismo representaba la atomización del poder y que los legisladores carecían de representatividad "para hacer hablar al pueblo".

Al igual que Marx afirmó la supremacía de lo económico sobre lo político. En su teoría, las funciones políticas quedan irremediamente confundidas con las económicas. Sin embargo, se diferenció gradualmente de su enemigo Marx a medida que pasaron los años. Proudhon nació y creció entre el pueblo, trabajó con sus manos. Por instinto, adivina, comprende al pueblo, aún cuando se rebela contra su sumisión.

Fue, en realidad, un gran moralista. Respecto de Marx, escribió de su puño y letra: "El verdadero sentido de la obra de Marx, es que deplora que en todas partes yo haya pensado como él, y que lo haya dicho antes que él. Le interesa que el lector crea que es Marx el que, después de haberme leído, tiene el sentimiento de pensar como yo. ¡Qué hombre!".

El orden económico no proviene del automatismo físico, como lo sostienen los teóricos del capitalismo, sino de una espontaneidad psicológica que induce a los hombres a contratar libremente obligaciones con los demás. Es decir, a contraer libremente compromiso de trabajo en una sociedad libre. Ésto lo hace desconfiar terriblemente de toda intermediación, se trate de una asociación o de cualquier otro tipo de organización; también lo lleva a considerar la acción individual, libre, voluntaria y responsable, superior a cualquier tipo de organización colectiva.

"Para que el sufragio sea directo —sostiene en un trabajo— no basta con que sea conferido directamente del elector al elegido; es necesario que represente, no menos directamente, las opiniones, los derechos, los intereses y los asuntos porque un Estado, una sociedad, no se componen únicamente de voluntad sino que se componen también de cosas". De esta manera, el Estado cesa gradualmente de participar con su intervención y se reduce, en forma progresiva, a nada.

Lo más importante fue, sin embargo, su alejamiento de su contemporáneo, Carlos Marx, a quien acusó de dogmático. Cuando Proudhon escribió su "Filosofía de la Miseria", Marx lo atacó con su "Miseria de la Filosofía", pero en realidad, fue Proudhon quien en una profética carta anunció a Marx lo que habría de ser el resultado de su posición, advierte con claridad el futuro del comunismo cuando señala: "No nos situemos como apóstoles de una nueva religión. . . no nos transformemos en los jefes de una nueva intolerancia. . ."

Aunque ambos teóricos, Marx y Proudhon, ponen en presencia al hombre abstracto y al hombre real, su antagonismo, dirá Dolléand, no debe llevar al historiador del movimiento a erigir al uno contra el otro. Esos dos hombres, pese a sus defectos personales, dieron al movimiento social y obrero una contribución importante, pero que no puede igualar a la acción combativa, organizadora, de los militantes obreros ni a la acción espontánea, creadora, del proletariado. Toda su personalidad de revolucionario y romántico se pinta claramente al profetizar: "Llegó el fin de la antigua civilización, la faz de la tierra se renovará bajo un nuevo sol. Dejemos que se extinga una generación, dejemos morir en el desierto a los viejos prevaricadores: la Tierra Santa no cubrirá sus huesos. Joven a quien la corrupción del siglo indigna y el celo de la justicia devora, si quieres a tu patria y si el interés de la humanidad te conmueve, atrévete a abrazar la causa de la libertad. Despójate de tu viejo egoísmo, sumérgete en la corriente popular de la igualdad naciente; allí, tu alma retemplada absorberá una savia y un vigor desconocidos, tu ingenio volverá a encontrar una energía indomable, tu corazón se rejuvenecerá. Todo cambiará de aspecto ante tus ojos depurados: sentimientos nuevos harán nacer en ti ideas nuevas: religión, moral, poesía, arte, lenguaje, se te aparecerán revestidos de una forma más grande y más bella y, seguro en lo sucesivo de tu fe, entusiasta con reflexión, saludarán la aurora de la regeneración universal".

Además, junto a los citados con anterioridad, se vincularon con esta vertiente ideológica, el semanario "La Protesta Humana" editado por Gregorio Inglan Lafarra en 1904, los gremios que constituyeron la F.O.R.A., también en ese año, hasta la llegada, en 1906, de las teorías de Sorel sobre el Comunismo Anárquico, que analizaremos en detalle capítulos más adelante cuando veamos el nacimiento del socialismo francés y la creación del sindicalismo revolucionario.